

Tal vez creyendo efímero delirio
 Mi bárbaro sufrir, despierto al punto,
 Y á los objetos próximos pregunto
 Si hay martirio mayor que mi martirio.
 —Mis ojos ven al perseguido justo
 Devorar sus tormentos y su llanto;
 Tiembla escondida la inocencia, en tanto
 Triunfante pasa la maldad sin susto.
 La enlutada orfandad en desamparo,
 La pálida pobreza advierto unidas;
 Y veo con dolor que entre otras vidas
 Surge la mía cual radiante faro.
 Infelice no soy: las que á mi alma
 Se precipitan férvidas pasiones,
 No turbaran con tristes sensaciones
 Del sabio helado la constante calma.
 Las dudas que mi espíritu oscurecen
 Su fúlgida razon disiparía. . . .
 ¿No viven el insecto, el ave un día
 Sin preguntar qué son, cómo perecen?
 Y aun hay en este bajo mundo oscuro
 Quien blanca flor de mi existencia sea,
 Y cuando el aura el amor la orea,
 Exhale para mí su aroma puro;
 Quien se apoye en mi seno cual la rosa
 En el junco flexible de la orilla;
 Quien cante, melancólica avecilla,
 En secreto su llama misteriosa.
 No obstante, alguna venenosa planta
 Se arraiga en mi interior, crece y vegeta;
 El vuelo de mi espíritu sujeta
 Cual la astuta serpiente al ave encanta.
 El conturbado pensamiento oprime
 Un horizonte lóbrego y estrecho;
 Cual rumor subterráneo, en todo pecho
 Hay un acento que incesante gime.
 Tribulacion universal! Retarda
 La noche el negro paso. . . . mas vislumbra

En Oriente una luz, arde, se encumbra,
 Y arrolla el claro sol la sombra parda.
 Las miserias que en torno la circuyen,
 La amargura que arrastra con desmayo
 La flaca humanidad, ante tu rayo
 ¡Sol de la eternidad! cual sombras huyen.—
 Cuando sucumba la materia inerte,
 De esperanza y de fé mi ánima llena,
 Para partir se ceñirá serena
 El invisible velo de la muerte.
 Así de la dorada prision rota
 El águila caudal lánzase al cielo;
 Así arrojado en el marmóreo suelo,
 Rómpele el vaso y el perfume brota.

Abril 1845.

EL SUEÑO DEL INFORTUNIO

SOLIVIAN los pesares la cadena,
 Cuando al tormento bárbaro rendido
 Doblégase el mortal, y en larga vena
 Rompe el amargo llanto reprimido:
 Entónces esparcido
 En derredor un lánguido beleño,
 Los fatigados párpados halaga;
 Y en las alas del sueño
 La mente por aéreos mundos vaga.

Ya en el fondo de lóbrega mazmorra
 Do espire no escuchado su lamento,
 Do sin que estéril compasion le acorra,
 En silencio devore hondo tormento;

POESIAS

Ya en pobre pavimento
Acostado de mísera cabaña;
Ya en frágil nave contra el mar inerme;
Siempre olvida la saña
Del adverso destino, miéntras duerme.

Abatida hasta el polvo la cabeza,
Pálido el rostro, el cuerpo sin abrigo,
De hielo el pié, la mano en la corteza
Del encorvado báculo, un mendigo
Reposa en sueño amigo
Junto al mármol de régia escalinata;
Mas súbito delirio le estremece,
Su frente se dilata
Y la risa en sus lábios resplandece.

De alcázares grandiosos le deslumbran
La pompa y el follaje, amor del moro:
Por salones de jaspe, do relumbran
Bujías mil en candelabros de oro,
Cual fugaz meteoro
Cruza risueña hurí; su velo deja
Cubriendo de la espalda el niveo trecho,
Y al deleite apareja
Sedientos lábios y desnudo pecho.

Trémulo de placer, dudando abarca
Tesoros que fatigan su codicia,
Ciñe á su sien corona de monarca.
Ni el corruptor poder su virtud vicia,
Ni cáe en avaricia;
Mas en copia feliz bienes derrama:
Póstrase ante él la agradecida tierra,
Y la historia le aclama
Pericles nuevo en paz, César en guerra.

Jardin ante sus ojos se despliega,
Cual los vieron un tiempo las que ahora

POESIAS

Márgenes mudas el Eufrates riega;
Y de las várias plantas que atesora
Natura creadora,
Vé á sus hijos gozar las ricas flores,
Y en su placer el paternal se aumenta,
Cual de arroyos menores
El caudal de los ríos se acrecienta.

Gloria, felicidad, cuanto imagina
Bello y sublime el creador deseo,
Su existencia fantástica ilumina:
Acaso tan glorioso devaneo
El tristísimo arreo
De la miseria pálida perturba;
Revive, empero, su delirio á poco,
La vision que le turba
Juzgando aborto de un ensueño loco.

Mas el pié desdeñoso del magnate,
Del mendigo los miembros hollar quiso;
Su corazon sobresaltado late,
Abre á la luz el párpado remiso:
La ilusion de improviso
Huye; y perdido su brillante rastro,
Vuelve al antiguo llanto, de igual suerte
Que al morir el gran astro,
Lágrimas de rocío el cielo vierte.

En tanto que del próximo palacio
La música, la luz, el algazara
De las ojivas por el largo espacio
Brotan á mares; sin volver la cara,
En la nudosa vara
Apoyando el mendigo su flaqueza,
El inútil camino humilde emprende,
Y con mayor fiereza
La negra red el infortunio tiende.

¡Del prócer los estériles despojos
 Cuánta horrible miseria aliviarian!
 ¡Cuánto llanto secaran ¡ay! en ojos
 Que solo á Dios sus lágrimas confían!
 ¡Cuánto amor cogieran!
 Mas cierran sus alcázares las puertas
 Al infortunio, al mérito: y tan solo
 Encuéntranlas abiertas
 La gárrula lisonja, el sagaz dolo.

Diciembre 1845.

—o—o—o—

AL MAR

—

APÓSTROFE DE LORD BYRON

(ÚLTIMO CANTO DE CHILDE-HAROLD)

VIRGENES selvas, costa solitaria
 Ofrécenme placer y arrobamiento:
 Libre de intrusa gente, ó de contraria,
 Música y sociedad junto al mar siento.
 Amo á los hombres, pero más la vária
 Naturaleza: al universo, exento
 De cuanto he sido y soy, me identifico;
 Ni callo lo que siento ni lo explico.

Tiende, tiende el oleaje azul-oscuro
 Por tus vastas llanuras ¡océano!
 De hierro, á domeñarte, y roble duro
 Mil flotas surcan tu extension en vano.

Su paso por la tierra mal seguro
 Señala en ruinas el poder humano;
 Mas su dominio cesa con la playa,
 Su bárbaro rigor aquí desmaya.

En tu líquido espacio toda ruina,
 Toda devastacion es obra tuya:
 De cuanta destruccion en tí maquina
 El hombre audaz, queda no mas la suya
 Cuando, gimiendo, cual burbuja indina
 O gota de agua que de lo alto fluya,
 Desparece ignorado en el naufragio
 Sin féretro, sin tumba, sin sufragio.

No en tus sendas su rastro se conserva,
 Ni halla en tus campos su codicia el precio:
 Álzaste y le rechazas. Su proterva
 Fuerza burlando, al cielo con desprecio
 Le arrojas: allá vá entre espuma acerba,
 Clamando á Dios en alarido recio
 Que esperanza de un puerto no le vede;
 Mas tú en tierra le estrellas. . . ¡allí quede!

Los bélicos aprestos que fulminan
 Truenos y rayos á los fuertes muros
 De ciudades que en rocas predominan;
 Que con presentes males y futuros
 De las naciones el reposo minan;
 O en los dorados tronos inseguros
 Que orgullosas metrópolis sustentan,
 A los fieros monarcas amedrentan:

Los leviatanes de hiperbóreo encino,
 Cuya estructura sólida y gigante
 A su hacedor —de barro muy mezquino—
 Hace asumir el título arrogante
 De árbitro de la guerra y tu destino. . . .
 Juguete, nieve son: tu ola espumante

Así discurre la edad florida
De dulces goces tras el iman,
Sin que su curso plácido impida
Cuidado insomne ó amargo afan.

Su voz del ave la melodía
Copia; la rosa pinta su tez;
La luz risueña del nuevo día
Presta á sus ojos la brillantez.

Todo á su anhelo grato responde,
Y de los gustos la ala fugaz
El mal que encubre, cauta le esconde,
Brindando solo vário solaz.

De lo pasado la remembranza
No arranca al seno triste gemir;
Ilustra el iris de la esperanza
La incierta nube del porvenir;

Y en el presente firme mantiene
Su trono de oro dulce ilusion.
Perenne siempre por eso tiene
Su labio risa, fe el corazon.

¡Por qué al de Mayo florido campo
Estío aplica pronta segur,
Y huye la jóven edad, cual lampo
Que en clara noche fulge hácia el Sur?

Si eterna fuese la primavera
Y los floridos años tambien,
Un paraíso el mundo fuera
Que haria inútil el otro Eden.

Tal ser debian hombre y natura
Sin la caida del triste Adan;
Ésta brindando calma y ventura,
Aquel exento de años y afan.

Mas al pecado del primer hombre
Perdieron ambos su juventud;
De cano invierno súpóse el nombre,
Y andando vino la senectud.

¿Dónde habrá llanto de ojos humanos,
Dónde de flores rocío tal,
Que á llorar basten los soberanos
Males que trajo el primer mal?

Solo Dios pudo con su alta ciencia
El grano entre ellos sembrar del bien,
Y tras la noche de la existencia
Poner la aurora del santo Eden.

Dios, que del caos la luz suprema
Supo á un acento solo sacar,
Y del trabajo —rudo anatema—
Hizo la fuente del bien brotar;

De la primera sentencia amarga
Con que á natura y hombre affigió,
Gran recompensa con mano larga
Piadoso educe, de ambos en pró.

Si eterna fuese la primavera,
Si eterna fuese la juventud,
Ni otoño frutos opimos diera,
Ni honda experiencia la senectud.

JUNTO A UN RIO

A DON ANSELMO DE LA PORTILLA

ADONDE vas, río amado,
Que de inconstancia movido
O de ambición empujado,
Te alejas desacordado
De este campo florecido?

Hay ahora en tus orillas
Huertos y chozas sencillas,
Y ganados entre juncos:
Después, derrumbadas villas,
Arcos rotos, puentes trancos.

Ya en apacible remanso
Páres el corriente sesgo,
Ya le sigas luego manso,
Aquí te brinda el descanso,
Allá te amenaza el riesgo.

Porque allá, en agrestes breñas
Con ronco empuje te agitas:
Te contrastan rudas peñas;
Y mientras en triunfos sueñas,
Esclavo te precipitas.

Ayer arroyo naciente,
Hoy río caudal y pronto,
Mañana airado torrente,
Siempre á las fáuces del ponto
Llévaste en afán creciente.

POESIAS

Así con fortuna vária
E irrevocable destino,
Sigue el mortal peregrino
Hácia losa funeraria
El comenzado camino.

Eternamente marchar
Fuése á entrambos dura guerra:
Por eso es ley tutelar
Que á él le sepulte la tierra
Y á tí te devore el mar.

Si al que baña en olas fieras
Aquellas cántabras rocas
Do ví las luces primeras,
Llevar pudieses enteras
Las lágrimas que provocas;
Yo te confiara mi llanto
Y mis suspiros: tributo
Aquel de una madre al santo
Cariño, éstos vano fruto
De ausente patria en quebranto.

¡Patria! ¡Madre! Rica fuente
De ternura y bienandanza.
¿Por qué de vos gimo ausente?
¿Ni de veros la esperanza
Siquiera el alma presente!

Como tú de estos lugares,
Huyendo los patrios montes
Aspiré á nuevos hogares,
A mas dilatados mares
Y á mas anchos horizontes.

¡Pobre niño! Yo ignoraba
Que del bien me despedía
Y de la paz me alejaba;
Que el huracán me seguía
Y el naufragio me aguardaba.

De idéntica suerte fuimos.
En escondidas montañas
Los dos origen tuvimos:

POESIAS

Despues regiones extrañas
Insensatos recorrimos.

Uno de otro en la experiencia
Escarmentar. . . Mas contemplo
Que, orgullo ó insuficiencia,
Nunca admite humana ciencia
De ajeno caso el ejemplo.

Marchemos, pues, sin cesar;
Suframmos en ardua guerra
El descanso hasta encontrar
Yo en el seno de la tierra,
Tú en los abismos del mar.

—o—o—o—
APOLOGO

VECINA á una zarza aguda
Linda rosa florecia,
Y de envidia se moria
La maligna planta ruda.

Mas una tarde la rosa
Muere al cierzo que la embiste,
Mientras la zarza resiste
Con firmeza milagrosa.

Así admira el universo
Con fe que á su dicha incumbe,
Cuán pronto el bueno sucumbe
Y cuánto dura el perverso!

EL ÁRBOL VIEJO

—o—
A DON RAMON I. ALCARAZ

GENAZ la segur, mordiendo
El pié de encina robusta,
La derriba con estruendo
Que el valle y el monte asusta:
Y el leñador que contempla
De su hacha el bárbaro estrago,
Su arrepentimiento templa
Quejas dando al aire vago.

—“Necesidad rigorosa
E interes aborrecido,
Que el verde honor de la hojosa
Floresta habeis abatido;
Maldita la hora sea
Que de codicia al arrullo,
Cedí esta noble presea
Del ciudadano al orgullo.

Allá, con bruñido afeite
Ornará su regio techo,
O de su mesa el deleite,
O su voluptuoso lecho:

Allá, al asiático lujo
Creces dará, en un palacio,
Árbol que humilde redujo
Su ambicion á breve espacio.

A sombrear nuestras cabañas
Le plantaron mis abuelos;

POESIAS

Fué amor de nuestras montañas
Y encanto de nuestros cielos.

A su pié vivieron ledas
Robustas generaciones
Que habitan ahora quedas
Las fosas de los panteones.

Bajo su sombra debía,
Despues de afanes prolijos,
Acabar la vida mia
Y la vida de mis hijos.

Las aves que en él gorjeaban
Con delicados primores,
O en la rama edificaban
El nido de sus amores;

Ya en agitacion y espanto
Se albergan en rudo espino,
O alzan el fúnebre canto
En el tejado vecino.

De la alegre primavera
Cuando retornen las brisas,
Viendo viuda esta ladera,
Suspendarán sus sonrisas.

Las ventiscas del invierno
Ante quien todo se encorva,
Juzgarán su triunfo eterno,
Pues nada su paso estorba.

Mas mi mano plantará
Fresno que al cielo se encumbra;
Sombra mejor nos dará,
Más frescura y dulcedumbre."—

Tan risueño vaticinio
El corazon le alborozó:
Del hierro entrega al dominio
El amparo de su choza;

Y mientras una mano dura
El árbol viejo destruye,
Otra próspera asegura
Nuevo que le sustituye.

POESIAS

Así en las revoluciones
De los tiempos, se estremecen
Antiguas instituciones,
Caducan, desaparecen;

A cuya sombra querida
Pasaron nuestros mayores
De la transitoria vida
Los gustos y los dolores;

Y otras, en tanto, se encumbran
Que el tiempo justo avalora.
Al fulgor con que deslumbran,
La humanidad se mejora;

Y por el agrio camino
Del mal, hácia el bien conduce
Su perfectible destino,
Que allá en lontananza luce.

Mas ¡ay! con honda tristeza
Ven los avisados ojos
Con qué profusa largueza
Siembra ruinas y despojos.

La pena que el pecho asalta
De firmeza le desnuda:
La fe quizás no le falta;
Mas le perturba la duda.

El temple mejor desmaya
Al aspecto de una ruina,
Por mas que sobre ella vaya
Brotando la nueva encina.

Nunca de sí desespere
La humanidad. Aunque en puro
Culto el pasado venere,
Tienda la vista al futuro.

Y el árbol viejo apartando,
Cultive el nuevo, que avanza
En su sávia concentrando
El porvenir, la esperanza.

EL SUEÑO DE LA PROSPERIDAD

NO siempre despejado el firmamento,
Cúpula de zafiro resplandece;
Ni el ponto en cadencioso movimiento
Por las tendidas playas se adormece.

Túrbase y oscurece
Mudable el horizonte; la tormenta
Que presagia la cándida gaviota,
En los mares revienta
Y con estruendo el promontorio azota.

Admira el universo en ley alterna
Bien y mal, desencanto y esperanza:
Todo con firme cetro lo gobierna
Versátil, mas fecunda, la mudanza.

Sube así á bienandanza
La abatida pobreza; así descende
Alcurnia ilustre á oscura muchedumbre,
Y en el polvo se tiende
Quien del poder caduco holló la cumbre.

Aun el mortal á quien ventura sobra,
A quien de paz sonríe cuanto cabe
En este golfo de eternal zozobra,
¿Nunca una sirte receló do acabe
Su portentosa nave?
¿Jamás sintió turbar su calma augusta
De inopinado mal áspero ceño? . . .

POESIAS

Pues al ménos le asusta
La horrenda imágen en convulso sueño.

Tras luengo insomnio, necesario fruto
De dias de ocio y noches de placeres,
Rinde al sueño el magnate su tributo
Cuando la aurora, en vivos rosicleres,
De los alados seres
Que alberga en frescas ramas la floresta,
La vista alegre y estimula el canto,
Y en ropaje de fiesta
Risueña cambia de la noche el manto.

En régia estancia, do la arabia goma
Voluptüosa atmósfera produce
Con el que espira enardecido aroma,
Lámpara de oro tenuemente luce:
Diáfano tul reduce
A misterioso espacio el rico lecho
Do en muelle pluma y delicado lino,
Disfruta satisfecho
Prócer gallardo el sueño matutino.

Del rostro bello el clásico contorno,
Del labio la entreabierta rosa pura,
Del párpado y pestaña el suave adorno
Que el ojo cubre en lánguida clausura,
Todo la alma ventura
Revela de aquel seno, que palpita
Cual linfa clara al céfiro amoroso:
Díjrase que imita
La dulce imágen del feliz reposo.

¡Oh dicha! ¡Oh bendicion! Mas de repente
Su rostro horrible contraccion arruga;
Tiembla el labio, encapota la ancha frente
Y una ardorosa lágrima se enjuga.
Negro ensueño subyuga

Su ántes sereno espíritu; le abate
A horrenda sima, y con violento impulso
El corazon que late,
La ardiente sangre precipita al pulso.

Fraude sagaz con arte lisonjera
Tiende la red en torno á la confianza;
De honores y riquezas se apodera:
De la miseria luego á ver se alcanza
El espectro que avanza,
Y con rauda segur, como la muerte,
Orgullo, bienestar, poder, renombre
En vil polvo convierte,
Vivir dejando, para escarnio, al hombre.

¡Con cuánto afan estériles trabajos
Mira pasar y cálculos prolijos!
¡Con cuánto horror contempla sus andrajos,
La fiaca esposa, los hambrientos hijos!
Ante sus ojos fijos
La desnudez, el hambre, el abandono
Las dulces prendas de su amor oprimen;
Y con rabioso encono,
Por última esperanza, abraza el crimen.

Un vértigo fatal allá le empuja,
Y venga en sangre humana su martirio;
Pero el remordimiento sobrepuja
La íntima voz de su mortal delirio.
Junto al fúnebre cirio
Que á la víctima alumbra, del verdugo
La siniestra figura á ver acierta;
Siente en su cuello un yugo,
Arroja un grito horrísono, y despierta.

Sus miembros palpa, que copioso moja
Yerto sudor: los ojos vuelve en torno,
Aun pavoridos de mortal congoja:

Del lecho observa el conocido adorno:
Vé el gracioso contorno
De risueños semblantes que le miran,
Que disipando la postrera duda,
Dulce calma le inspiran;
Y en paternal sonrisa el susto muda.

¿Quién bastará á decir el gozo inmenso
Del ya tranquilo pecho, que aun palpita
Cual, tras fiera borrasca, el mar extenso
En remolinos túrbidos se agita?
¿Quién pintar la exquisita
Gratitud que al Excelso su alma rinde?
Mas pronto olvida el saludable aviso:
Traspuesto el falso linde,
Torna la tierra á serle un paraíso.

¡Oh Caridad! Si quien miró severa
La faz del infortunio en sueño vano,
Tus advertencias útiles siguiera
Con franco pecho y generosa mano;
Nuevo José, el arcano
Del ensueño profético, en sublime
Sentido interpretara,
Y el que en miseria ó en angustia gime,
Beneficios, consuelos cosechara.

¡Feliz quien de estos sueños al aviso
Los bienes de la tierra en poco estima;
De fortuna el favor goza sumiso;
Al caso adverso fortaleza arrima,
Y el ánimo sublima
A esfera superior, do sin mudanza
Perenne brota el manantial fecundo
De divina esperanza,
Que de allá vino á confortar al mundo!